Recomendado por su cercanía. La sobriedad del narrador se plasma en una huida de todo

lo que suene a solemnidad o, peor aún, impostura y en una decidida apuesta por un

coloquialismo que no renuncia a la ironía.

“La convicción de que, para conocer la edad de una mujer, no debes mirarle el rostro,

sino fijarte en sus manos, continúa extendida hasta el día de hoy. Acaso sea un ardid de

vendedores de guantes y crema hidratante. Tampoco falta quien, con gran seguridad,

afirma que se trata de un bulo, difundido insistentemente por aquellas que se muestran

satisfechas de sus largos y esbeltos dedos, pero inseguras en lo que a la gracia y lozanía

de su rostro se refiere.” (Página 27)

“Imaginemos una (familia) con varios hijos y un cordero que lleva dos horas dentro del

horno. El último genera expectativas, todos se sientan puntuales a la mesa, sería una

falta de cortesía hacerlo esperar. Es cuando hace su aparición, por sorpresa, el visitante

al que todos temen. Se escuchan toses disuasorias, sucedidas de comentarios sobre lo

rápido que se propaga el virus, la falta de plazas libres en los hospitales, el alto número

de defunciones de la última semana.” (Página 72)

“El mensaje de Cristo recuerda lo limitado del tiempo de que disponemos. La fugacidad

de las cosas ha sido un tema recurrente en los poetas de todos los tiempos. A unos les

mueve a esforzarse, otros se resisten a escucharlo, les parece que les arrastra hacia la

muerte que desean evitar. A cada tanto, es noticia el anciano que supera los ciento

veinte años. En la búsqueda por hallar el secreto de la longevidad, se le hacen

entrevistas. Su aspecto es digno, sus manos hablan de trabajo esforzado, ya lo ha dicho

todo con su vida (...). Sin embargo, el entrevistador insiste una y otra vez. Tiene que

haber algo oculto, un elixir desconocido, un ejercicio sumamente saludable que haya

realizado (...).” (Página 85)